



ÁNGELA PRADELLI

**DOS
SOLDADOS**

emecé

Ángela Pradelli

Dos soldados



emecé
cruz del sur

Pradelli, Ángela
Dos soldados / Ángela Pradelli. - 1a ed. - Ciudad
Autónoma de Buenos Aires : Emecé, 2022.
232 p. ; 21 x 14 cm.

ISBN 978-950-04-4126-1

1. Narrativa Argentina. I. Título.
CDD A863

© 2022, Ángela María Pradelli

Todos los derechos reservados

© 2022, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.
Publicado bajo el sello Emecé®
Av. Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.
www.editorialplaneta.com.ar

Diseño de cubierta: Departamento de Arte de Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

1ª edición: abril de 2022
2.000 ejemplares

ISBN 978-950-04-4126-1

Impreso en Gráfica TXT S.A.,
Pavón 3421, Ciudad Autónoma de Buenos Aires,
en el mes de marzo de 2022

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723
Impreso en la Argentina

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler,
la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o
por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias,
digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor.
Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446 de la República Argentina.

Pietro Freschi

Soldado italiano de la Segunda
Guerra Mundial
(Bruni, 1922 - Piacenza, 2009)

En una hondonada junto a la carretera que trepa por el monte, mujeres italianas lavan ropa en un abrevadero de piedra y camiones de seis ruedas se abren camino penosamente hacia la colina en medio de un barro que parece cemento marrón. El eco de las explosiones de los obuses retumba contra las montañas. Atravesamos una planicie de barro donde no hay nada más que armas; dos baterías francesas de 155 abren fuego contra los alemanes, escondidos en una montaña que no se ve, y el sonido nos resulta ensordecedor.

El nazismo convirtió la exaltación del horror en un arma de guerra que lo condujera a la victoria. La raza humana aún no se ha repuesto del veneno de su doctrina, de los crímenes que se cometieron en todas partes y a los que se respondió con más crímenes. Ante nosotros se levanta el recuerdo y la enseñanza: ninguna buena causa puede servirse del terror.

MARTHA GELLHORN (1908-1988)
Cronista de guerra²

En los primeros meses de 1942, a mis 19 años, llegó a Bruni la carta para que me presentara a cumplir con el servicio militar. Bruni es un pequeño pueblo de la comuna de Coli, en la provincia de Piacenza, pertenece a la región de la Emilia Romagna. Yo nací ahí y nunca me había alejado demasiado de Bruni hasta entonces. Sólo había recorrido los pueblos cercanos porque en el último tiempo había trabajado en el correo y también en una mensajería. Repartía cartas y mensajes. Hacía todo mi trabajo en bicicleta y me gustaba recorrer las distancias que separaban un pueblo de otro aun subiéndolo la montaña y con el viento de frente. Bruni, Monte Hermelio, Macerata, Pozzo. Conocía todos esos lugares como la palma de mi mano. Sólo algunas veces, cuando el destino de la carta estaba un poco lejos, el jefe me mandaba en autobús.

El 25 de abril partí de Bruni para cumplir con el servicio militar. Era una mañana serena de primavera. Mi padre se llamaba Lino y mi madre, Rosa. Mi madre

puso pan y salames en una bolsa de tela que había cosido ella misma, por ese entonces no existían las bolsas de plástico. Puso también algunos pañuelos. Me despedí de mis padres y de mi hermana con un abrazo y tuve que contenerme para no llorar delante de ellos. Cuando salí de casa, vi que había mucha gente, casi todo el pueblo había venido a despedirme.

Comencé a andar cuesta arriba por una calle que me llevaría al pueblo de Perino. No era, claro, una calle asfaltada, por el contrario, era pedregosa y por ella circulaban las vacas, pero a los costados los prados estaban ya florecidos. Oí los pájaros que cantaban y en parte me ayudaban a paliar la tristeza que tenía en el corazón al pensar en mis padres que tanto me querían y a los que, unos minutos antes, había dejado llorando. Ellos estarían pensando tantas cosas. Yo tenía 19 años y era la primera vez que me alejaba más de veinte kilómetros de casa. Además estábamos en guerra y no era el mejor momento para hacer el servicio militar, pero mientras bajaba la calle pensé que el canto de los mirlos que oía y las flores del prado que veía seguro serían buenos augurios y que tal vez volvería pronto a casa, sano y salvo. Además, me llevaría conmigo los sonidos y los paisajes de mi tierra para que me acompañaran mientras tuviera que cumplir mis obligaciones como soldado de Italia.

Caminé unos cinco kilómetros hasta que llegué a Perino, de donde salía el autobús. En la parada me encontré con mucha gente conocida. Todos esperába-

mos el mismo autobús, el que iba a Piacenza. Todavía recuerdo las palabras con que me alentaban los que estaban allí.

—Oh, Pirén —me decían.

Casi todos me llamaban por ese sobrenombre, algunos me palmeaban el hombro.

—Pirén, cómo ha pasado el tiempo, ayer eras un niño, ahora, ya tienes 19 años y en unos días más serás un soldado italiano, qué bien.

Subimos al autobús, y alrededor de las 13.25 salimos. Me senté del lado de la ventanilla y durante todo el trayecto fui mirando hacia afuera, derecha e izquierda, todo el camino así, movía la cabeza hacia un lado y hacia otro. Para mí todo era nuevo porque era la primera vez que viajaba. Los paisajes eran muy parecidos a los de mi pueblo de Bruni, sin embargo, a medida que me alejaba, sentía como una morsa que me oprimía el corazón porque no podía dejar de pensar en mis padres, en sus lágrimas; era la primera vez que ellos lloraban por mí.

Después de una hora el autobús se detuvo frente a la estación de trenes de Piacenza. Nunca había subido a un tren, ni siquiera había visto uno porque nunca antes había estado en una estación ferroviaria. Me acerqué a otros muchachos que estaban en la misma plataforma y que, como yo, en poco tiempo se convertirían en soldados. Todos íbamos a Milán. Esperamos juntos el tren. Recuerdo esa primera vez que subí a un tren, todo era nuevo para mí, el traqueteo de las ruedas, la

alta velocidad. En Milán, nos esperaba un grupo de oficiales que nos subieron a un camión y nos llevaron al cuartel de Baggio, en una zona suburbana.

Unos días después, nos dieron el uniforme militar y tuvimos un rango dentro del Ejército. A las tres semanas nos trasladaron al cuartel de San Ambrogio, en el centro de Milán.

Desde ahí, fuimos marchando, por la avenida Magenta. A la derecha, está la iglesia de Santa Maria delle Grazie, donde se expone *La última cena* de Leonardo Da Vinci. Más adelante, a la izquierda, flanqueábamos la cárcel de San Vittore. Marchamos siempre derecho hasta la Piazza Trípoli, en donde nos detuvimos. En ese lugar nos enseñaron teoría y práctica militar. Fue ahí donde aprendimos a usar las armas.

Estuvimos tres meses en Baggio hasta que por fin llegó la orden de salir. Subimos a un camión que nos llevó hasta la estación central y allí tomamos un tren pero nadie nos dijo adónde íbamos.

Cuando la guerra empezó, en 1939, Italia y Alemania eran aliados, pero Hitler fue ocupando muchas ciudades sin decirle nada a Mussolini. Cuando Hitler invadió Austria, después de unos meses, Mussolini decidió mandar a combatir a los italianos a Grecia para que ocuparan las islas. El embajador italiano en Grecia, Del Vecchio, le mandó a decir a Mussolini que Grecia no estaba bien preparada para ir a pelear; le dijo también que Grecia preferiría una invasión italiana y no ser ocupados por Alemania. Pero no era cierto, la

verdad es que los generales griegos estaban muy bien armados y en 1940, cuando Italia llegó a las islas, se encontró con un ejército superior. Además, Mussolini no tenía muchas armas, y las que tenía no eran buenas. Los mandó a pelear con armas viejas, eran las mismas que se habían usado en la Primera Guerra Mundial. Otra cosa que pasó es que los nuestros llegaron a Grecia en épocas de lluvias; todas las calles estaban tan embarradas y fangosas que los camiones que llevaban comida a los soldados italianos se empantanaban. El ejército italiano no pudo avanzar y se vio superado enseguida por los griegos. Después de diez días de la llegada de los italianos a Grecia, Hitler programó un encuentro con Mussolini. Se reunieron el 18 de marzo de 1940 en Italia, en Brennero, una ciudad en el límite con Austria. En ese momento, Hitler, que ya tenía muchos países ocupados, invadió también Yugoslavia y Albania y mandó una parte del ejército a Grecia para ayudar a los italianos. En 1941 y parte de 1942 Mussolini mandó parte del ejército italiano a Rusia para luchar con los alemanes contra los rusos.

Recién después de estar varias jornadas de viaje nos enteramos de que íbamos a Grecia. Fueron once días de viaje. El tren pasó por Mestre, cerca de Venecia, Zagreb, Belgrado y Larissa.

El 9 de diciembre desembarcamos en el puerto de El Pireo, en Atenas, y nos llevaron a un prado donde había muchos olivos. En el medio del prado había una barraca: era la posta militar número 23. Era una barra-

ca grande y los comandantes nos dieron la orden de armar ahí adentro las tiendas de campaña.

Estuvimos mucho tiempo en ese lugar. Nadie nos decía nada y cuando preguntábamos cuándo salíamos, evitaban darnos respuestas concretas. «Veremos, tal vez mañana, pasado mañana». No teníamos nada para comer y estábamos muertos de sed. El tren que nos había traído desde Milán tenía dos vagones llenos de víveres en la parte trasera, pero esos cerdos comandantes, no bien llegamos, les vendieron todo a los griegos. No había quedado nada para nosotros. Días y días así. Éramos jóvenes de menos de 20 años, teníamos tanta hambre que nos hubiéramos comido hasta las piedras; todavía hoy me acuerdo y maldigo a esos cerdos.

En Atenas me nombraron jefe de guardias. Cada guardia duraba dos horas, eran siete en total. La primera empezaba a las seis de la tarde y la última a las seis de la mañana. Había que controlar todo el monte. Cada noche, yo tenía que elegir quiénes harían la guardia; por supuesto, nadie quería ser guardia porque ningún soldado quería pasar dos horas recorriendo el monte de olivos, preferían quedarse en sus tiendas. Yo era el responsable de siete compañeros que hacían la guardia cada noche. Había uno que era de Bérgamo, un tipo bueno al que yo nunca había elegido todavía. Estábamos en la misma tienda. Una noche se me acercó y casi susurrándome en el oído me dijo:

—Pietro, hoy dame el turno de la medianoche.

—¿Y por qué? —le pregunté.

—Porque voy a ir hasta la tienda de los oficiales —me contestó.

—¿Para qué? —le pregunté.

—Para robar un poco de comida.

La tienda de los oficiales no estaba lejos de la nuestra; antes de entrar, a un costado, había un armario en el que se guardaban los alimentos de la reserva, eran provisiones que se distribuían sólo en combate.

Primero le dije que no porque tuve miedo. Él me dijo que ese armario no se abría nunca, salvo en combate, así que no se iban a enterar.

—Si te ve alguien y te agarran, nos castigan a los dos; tal vez más a mí porque yo soy el responsable del grupo.

Pero él insistió en que le diera el turno de la guardia y me dijo que si pasaba algo él se haría responsable.

Además, el bergamasco no era un ladrón; al contrario, era un muchacho bueno, pero hacía varios días que no comíamos y la verdad es que no aguantábamos más el hambre. Le dije que sí. Entonces el bergamasco se me acercó otra vez:

—No hables con ninguno —me susurró—, no le digas nada a nadie del armario de galletas y todo este asunto.

A la medianoche, el bergamasco tomó el relevo. Esperó a que el guardia anterior se fuera a dormir a su tienda; apenas unos minutos después, lo vi alejarse con su bayoneta y, en completo silencio, se encaminó hacia el armario de la reserva. Tuve miedo de que alguno de

los oficiales estuviera despierto y lo descubriera. Me quedé en la entrada de nuestra tienda. El bergamasco dio dos golpes secos en el armario con la bayoneta, la puerta se aflojó y él logró abrirla enseguida. Como dije, yo tenía miedo, así que no le saqué la vista. Las cajas estaban aseguradas con unos cintos de hierro. El bergamasco hizo palanca con la bayoneta, el cinto cedió en dos movimientos y se abrió la caja. Enseguida puso su gabán sobre la tierra y fue poniendo un paquete, y después otro, y otro, hasta que el impermeable tendido en el piso quedó cubierto de galletas. Cada caja tenía setenta paquetes. Luego volvió a poner la tapa sobre la caja vacía, y la acomodó debajo de todas. Por suerte los oficiales no lo oyeron, todo anduvo bien y el muchacho volvió con su prenda como si fuera una bolsa repleta. Entramos a la tienda sin hablar, tratando de no hacer ruido para no despertar a los otros. Desplegamos el impermeable y abrimos un paquete. Las galletas eran una pieza de pan seco y duro, no se podían comer. Traje un recipiente con agua. Las galletas se ablandaron y triplicaron el tamaño. Comimos uno, dos, tres, ocho paquetes cada uno. Después, volvimos a acomodar todo sobre el impermeable y salimos de la barraca en silencio. Por encima del monte de olivos, había una montaña de piedras negras. Estaba oscuro pero teníamos que hacerlo igual. Nos dividimos los paquetes, uno para el bergamasco, otro para mí, uno para él, otro para mí. Buscamos a tientas un lugar entre las piedras y cada uno escondió su botín. Volvimos a

la tienda y limpiamos los restos de las galletas que habíamos comido. A las dos de la mañana llegó el relevo y se hizo el cambio de guardia normalmente.

Cada día, sin que nadie se diera cuenta, íbamos hasta la montaña y traíamos algunos paquetes de galletas para comer a escondidas. Una vez, un compañero nos vio.

—De dónde salieron esas galletas —preguntó, y enseguida se enteraron varios.

El bergamasco y yo les dijimos que las habíamos comprado en un negocio cerca del puerto, que las preparaba una familia griega y las vendía a buen precio.

—Y dónde está la tienda —preguntó otro.

—No está cerca —le contesté—, no es fácil de encontrar.

—Pero dónde —insistió él.

—Hay que ir hasta el puesto de carga, caminar varias cuadras hasta una calle angosta, es una calle muerta, un pasaje, y en el fondo está la tienda que vende estas galletas.

Gracias a aquel soldado de Bérgamo, comimos galletas durante dos semanas.

Unas semanas después, llegó una nueva orden y tuvimos que volver a partir. Atravesamos Atenas a pie, pasamos cerca de la Acrópolis, la mirábamos desde abajo, el Partenón, caminamos por una calle pedregosa hasta que por fin llegamos al puerto, donde había nueve barcos que cubrían una extensión muy grande del muelle.

Nos embarcamos en Santa Lucía, el 13 de diciembre de 1942 por la noche. La flota tenía nueve barcos, dos eran alemanes. Uno estaba cargado de caballos; dos de tanques, camiones, jeeps y artillería pesada. Los otros transportaban tropas de soldados. Nuestra nave se llamaba La Argentina. A la medianoche partimos hacia Rodas. Después de dos horas de navegación, sonó una alarma en nuestra embarcación. Algo no andaba bien en el motor. La nave avanzaba ahora muy lentamente. No se podía seguir en mar abierto con la nave cargada por el desperfecto del motor. Los oficiales alemanes detuvieron las naves. Estábamos a oscuras, se adivinaba el mar en la oscuridad que había alrededor, se sentían las olas que golpeaban las paredes de la nave. Estábamos en silencio y no se podía encender ni una luz ni un fósforo. Todos quietos y callados. Era muy peligroso porque los ingleses avistaban de día y de noche y si detectaban un barco alemán, bombardeaban. Estuvimos dos horas así, en medio del silencio de la noche. Como dije, eran nueve naves, algunas estaban muy lejos, pero igual, en esa oscuridad, se podía comprender el mar; quiero decir, si uno lo miraba, se podía divisar las naves por sus movimientos en el lugar en el que se habían detenido.

Dos horas después de haber partido, nos llegó la orden de regresar. La flota entera con sus nueve naves tuvo que volver al mismo puerto de donde habíamos partido.

Estuvimos tres jornadas varados en el puerto, no

nos dejaron bajar. Ahora dependíamos de la Marina. Allí se comía bien. Tenían otra organización, no venía uno a ponerte un cucharón en tu plato, sino que íbamos nosotros a buscar la comida. En realidad, iba un soldado y traía comida para cinco compañeros. Al encargado de traerla le decíamos el jefe de los platos. En nuestro grupo era un milanés:

—Voy yo —dijo—, conozco al cocinero, nos dará una buena ración.

Y fue así, de hecho, en lugar de un cucharón de pasta, nos ponía dos. Maccaroni, y toda la mejor pasta. Qué bien comíamos.

Después del tercer día volvimos a partir, esta vez por la mañana. Nos escoltaron dos aviones. Hicimos una escala en la isla de Samos, allí nos quedamos más de una semana hasta que volvimos a embarcar.

Yo sabía que a Guido Speroni lo habían trasladado a Rodas. Habíamos sido buenos amigos en la infancia. No vivíamos en el mismo pueblo pero nuestras madres eran amigas y muchas veces habíamos compartido las tardes y los juegos. Un tiempo antes de que yo entrara al servicio militar, Guido había entrado a trabajar en la Guardia de Finanzas. Enseguida lo trasladaron a Grecia. Aunque vivíamos en pueblos diferentes, yo veía a menudo a sus padres que me contaban de su vida en Grecia. Por ellos supe que Guido estaba en Rodas. Yo tenía la ilusión de encontrarlo y mientras navegábamos pensaba siempre en él, cómo estaría y en los días que habíamos pasado juntos cuando éramos chicos.

Héctor Roldán

(Santa Rosa de Calchini, departamento
de Garay, Santa Fe, Argentina, 1962)

*Hay cuatro de los nuestros que se han chiflado
en esta guerra. Creo que ha sido más bien por el
miedo.*

*Me gusta recibir cartas con regalos... Enseguida
pienso: en algún lugar hay gente que vive en paz,
hay vida llena de luz.*

SOFIA FEDÓRCHENKO (1880-1957)
Enfermera de guerra y escritora³

En 1980 me llegó la carta para presentarme en el servicio militar. En ese momento yo estaba viviendo en Rosario con mi vieja, hacíamos trabajos de floricultura. Mis viejos se separaron cuando yo era chico. Yo viví al principio con ella pero al poco tiempo me fui a Paraná con mi viejo y casi siempre viví con él. Salí sorteado con el número 909. Yo quería hacer el servicio militar, estaba deseando que me llamaran, así que me puse contento cuando me llegó la carta. Me tenía que presentar en Paraná. Me fui para lo de mi viejo y me quedé unos días con él antes de presentarme.

—No lo hagas, negrito —me decía mi viejo, y anduvo queriendo hablar con un cura que conocía para ver si me podía salvar.

Durante todos los años que vivimos juntos, él nunca me dejaba solo. Es difícil vivir cuando no hay con qué. Desde chico, mi padre siempre me llevaba a todas partes. En la basura encontrábamos muchas cosas para comer. Cosas que la gente tiraba porque se habían ven-

cido, o se estaban por vencer. La gente tiraba muchas cosas. Encontrábamos cajones de dulce de batata, latas de duraznos, de tomate. Recuerdo bien que algo que se vencía mañana, por decir, la gente ya lo tiraba hoy; nosotros aprovechábamos eso, para nosotros no había vencimiento.

Los días pasaban y yo tenía que presentarme en el servicio militar pero mi viejo me insistía:

—Negrito, no lo hagas —me decía.

Yo le decía que quería hacerlo, quería irme. Me gustaba la idea, no sé por qué.

Cuando llegó el día en que tenía que presentarme al servicio militar, me despedí de mi padre. Era febrero, hacía mucho calor. Tenía puesta una chombita amarilla que me quedaba bastante holgada. Él me despidió con lágrimas en los ojos. Atravesé la cancha de fútbol que había frente a la casa. Sé que él estuvo mirándome hasta que me alejé y me perdió de vista.

Me presenté en Paraná, en el Ejército. De ahí nos llevaron a Santa Fe en micro; después nos subieron a un tren hasta el Centro de Incorporación de Infantería de Marina en La Plata. La revisión médica la aprobé pero ahí nomás, de raspón, como quien dice; es que yo era chiquito y muy flaquito, di justo con el peso. Nos cortaron el pelo, nos bailaron un poco, nos entregaron la ropa que teníamos que usar y nos dieron clases sobre la subversión. Estuvimos un tiempo ahí hasta que nos tocó el destino. Ellos preguntaban adónde quería ir uno, pero después no lo mandaban ahí.

—Soldado —me preguntaron a mí—, ¿usted qué destino quiere?

—¿Cuál es el más lejos que tiene? —le pregunté.

—Río Grande.

Yo no sabía dónde quedaba Río Grande, no conocía nada.

—Bueno, mándeme ahí.

Le dije así, porque yo soy muy creyente del destino.

Estuvimos unos días en el Centro de Incorporación; yo veía que todos se iban pero a mí no me decían nada. Quedábamos ya unos pocos y una noche nos llevaron a un aeropuerto, no recuerdo si era El Palomar o Ezeiza, y nos subieron a un avión. Por fin llegamos a Río Grande. Formamos parte del Batallón de Infantería N°5, el BIM5, que tenía 2000 hombres aproximadamente. Se dividía en compañías; yo estaba en la compañía Nacar, éramos 212 conscriptos.

A mí me tocó un año y cinco meses en Infantería de Marina, fue duro. La infantería tiene un lema: «El infante se caga», significa que el infante se tiene que aguantar todo, lo que venga. Eso lo aprendí uno de los primeros días. Yo estaba un poco descompuesto.

—Cabo segundo —dije—, solicito permiso para ir al baño.

—Quédese ahí, soldado —me dijo, y ahí nomás me largó el lema de la infantería: «El infante se caga».

Nos dieron una carpa y la mochila, que tenía la parte inferior y la parte superior. Nosotros éramos nuevos, nunca habíamos cargado un arma. A unos nos

dieron morteros, a otros fusiles. Nos bailaban con las armas cargadas. Era muy riguroso. Hacíamos las prácticas con balas de guerra.

Un día nos mandaron a la estancia Cabo Peña, nos fuimos de campamento por primera vez. Armamos la carpa, eso fue todo bien. El problema fue a la noche, cuando la cerramos. Yo no podía dormir ahí adentro, no podía respirar. Será que en la casa de mi padre se dormía con la puerta abierta. Era un ranchito con techo a dos aguas y piso de tierra. Mi cama y la de mi viejo estaban hechas con unos palos que traíamos del monte y enterrábamos en la tierra. Arriba les cruzábamos otros palos, los atravesábamos de un lado a otro. Colchones no teníamos, arriba de los palos poníamos lo que teníamos, lo que íbamos consiguiendo, a veces nos daban unos cobertores, telas, cosas así. La cuestión es que adentro de la carpa yo no podía respirar, me faltaba el aire y sentía que me ahogaba, me asfixiaba la oscuridad. Amanecí con la cabeza afuera de la carpa.

En Río Grande escribí la primera carta pero como mi viejo no sabía leer, se la escribí a mi hermano para que se la leyera a mi viejo y le contara dónde estaba yo y que estaba bien.

Una vez pregunté si podían darme una licencia para ir a mi casa y me la negaron.

—No, no sale —me dijo el cabo—, usted está activo, no insista.

Era por la deserción que no nos dejaban salir. Mu-

chos se iban y no querían volver más; había que ir a buscarlos.

Yo había tenido un sueño, había estado por Paraná y por otros lados también. En el sueño fui a mi casa y estuve con mi cuñado, con todos. Vi a mis sobrinos, que eran los hijos de mi hermana, pero a la que no vi fue a mi hermana. Estuve con mi hermano. Todos estaban muy bien vestidos, como de gala. Después me fui, tenía que irme. A mi hermana no la vi.

A Río Grande llegaban cartas para mis compañeros, había un cabo que estaba de ayudante y era el encargado de repartirlas. Decía: «Carta para fulano de tal», y repartía para uno, para otro. A mí nadie me escribía, hasta que un día vino el cabo que ayudaba y me entregó un sobre. Era la primera carta que recibía, me la mandaba mi hermano.

Acá estamos todos bien. Papá está bien. Mirá, Héctor, lo único que tengo que decirte lamentablemente es que hace unas semanas que la Delia nos dejó.

Fue entonces que fui y me presenté al guardiamarina que estaba a cargo de mi sesión. Le conté lo de mi hermana y le pedí que me dieran una licencia para ir a Paraná. Porque hay unas licencias especiales. Varias veces pedí, pero me rechazaban. En mi familia no éramos de demostrarnos el cariño, ni siquiera nos festejábamos los cumpleaños, pero esto era diferente. Mi hermana Delia se había muerto, ¿cómo no iba a ir a ver a mi familia? Pero no me dieron el permiso para salir. Se había muerto mi hermana y no me dejaron ir.

El que me anotó para hacer el curso de dragoneante fue Orquera. Yo no quería ir. Es un cargo menor pero igual yo no quería. Orquera era de Formosa, un hombre muy grandote. Fue él el que me empezó a decir Laucha, porque yo era chiquito, después casi todos me llamaban así en el batallón.

—Laucha —me llamó Orquera un día—. Venga para acá.

Desde chico fui así de gurrumín. Había una familia que vivía en una quinta cerca de la casa de mi mamá. Era una quinta grande, tenía muchas hectáreas. La casa era grande también. Yo iba a la quinta a buscar leche y los ayudaba un poco. Juntaba la batata en época de la cosecha y cuando terminaba me daban algunas. Esa gente me decía Mickey, decían que yo era tan flaquito que me parecía al ratón Mickey, así decían ellos. Me daban fruta para que comiera y algunos días me dejaban ver la televisión, me querían un montón. Una vez fui a buscar la leche y la familia estaba durmiendo la siesta. Ellos tenían la costumbre de dejar siempre las monedas en una latita de sardinas. Las monedas en ese tiempo eran la fragatita de 5 pesos, el resero de 10 y después había una de 25, y otra de 50. Había también moneditas de un centavo. Ese día no había nadie a la vista. Saqué unas monedas de la latita de sardinas y me fui a comprar unos caramelos. Y otro día me tenté también, saqué de vuelta y salí apurado de la casa. Pero cuando estaba saliendo vi que tenía una moneda de un centavo y otra de cinco que no servían, no alcanzaba

para nada. Entonces volví a la casa, y cuando entré me vieron sacando las monedas y me empezaron a gritar. Salí corriendo pero ellos me persiguieron hasta mi casa y le contaron a mi madre que yo les estaba robando. Me corrieron todos, también mi hermana. Todos me corrían. Yo me escapé pero en un momento me agarraron. Mi madre me pegó primero, con una varita verde chica. Después me dio una paliza, me pegó con las manos hasta que pedí perdón.

Perdón, me fui del tema. Ese día que Orquera me llamó yo fui rápido porque pensé que me iba a dar una orden.

—Laucha, usted va a ser dragoneante —me dijo.

Por cada compañía se designaban veinte soldados para hacer el curso de dragoneante.

Yo no le contesté ni que sí ni que no, pero Orquera ya me había anotado en el curso y se quedó esperando que le dijera algo.

—Dale, Laucha —me dijo—, bancatelá.

A veinte por compañía, éramos muchos lo que hicimos el curso. Nos hacían levantar a las dos de la mañana.

—Arriba, vamos, mierda —nos gritaban—, afuera, rápido, vamos.

Nos bailaban mucho. De los veinte de mi compañía nomás llegamos ocho al final del curso. Y yo llegué, no fue fácil pero al final llegué.

Tenía energía para todo. Cuando me tocaba estar de dragoneante de semana, trataba de bailar a nadie, en

especial a los que eran más chiquitos. Yo a los petisos los hacía pasar primero a comer.

Había uno que era una criaturita, parecía un nene. Era un hombrecito pero menudito y se movía como un nene. Yo intentaba ser justo. Bailar, los bailaba yo también, pero no me abusaba. Y al que veía que era medio tímido intentaba no decirle las cosas que se decían siempre. Cuando había uno un poco quedado siempre le decían cosas como:

«Acá somos hombres».

«En este lugar no hay mujercitas».

«A vos te van a pisar la cabeza los otros, los de arriba te van a pisar».

«Sos un hombre o qué, carajo».

Porque allá era así.

Y también hay que decir que allá a los matoncitos los agarraba un cabo a cachetazos, les pegaban patadas.

En el Ejército era diferente, no era la misma disciplina. La Marina era otra cosa. Cuando la gente nos veía desfilarse siempre hacía comentarios sobre nosotros, sobre la ropa que usábamos.

—Qué lindo el uniforme de los marinos.

—Qué bien, cómo desfilan todos parejitos.

Pero nadie sabía lo que pasaba dentro, ni idea tenían. Veían desfilarse a un soldado de la Marina con el uniforme impecable y nadie se imaginaba que un rato antes lo habían hecho gatear cuerpo a tierra sin ensuciarse.

En noviembre trece soldados fuimos a Bahía Blan-

ca por una competencia de triatlón. En ese momento nadie hablaba de Malvinas, todavía faltaba cinco o seis meses para que la Argentina le declarase la guerra a Inglaterra. Nosotros, cuando teníamos tiempo, salíamos a caminar. Un día fuimos hasta Puerto Belgrano para ver el buque portaviones pero no llegamos, ya se había ido. Nos llamó la atención que en el cabo San Antonio estuvieran cargando camiones y jeeps, pero qué íbamos a pensar en la guerra. Esa era una zona de batería, se hacía mucho adiestramiento. Creímos que se llevaban los camiones para una maniobra. Después, cuando volvimos a Río Grande vimos que habían descargado camiones y jeeps que fueron a parar a una parte del BIM5 que se llamaba zona austral, donde estaba el parque automotor, y ahí quedaron. No sabíamos para qué eran. ¡Cómo nos íbamos a imaginar que los iban a usar para la logística de una guerra! Nosotros hasta ahí no sabíamos nada.

En enero me dieron una licencia de honor como dragoneante. Me faltaba poco ya para volverme de Río Grande, en veinte o veinticinco días terminaba mi servicio militar. Cuando me dieron la licencia de honor fui a Rosario a ver a mi vieja. Ella salió contenta a saludarme. También mis hermanos más chicos, que estaban con ella. Estuve unos días ahí y después me fui a Paraná a ver al viejo. En esa casa vivíamos los dos y uno de mis hermanos, éramos tres. Estuve unos días en Paraná con ellos y me volví a Río Grande a terminar mi servicio militar. En el batallón seguí un tiempo con

las rutinas del servicio. Ya hacía casi un año que había llegado a Río Grande. Faltaba poco para que empezaran a dar las primeras bajas para irnos definitivamente a casa.

A mediados de marzo entregué mi ropa de conscripto y me devolvieron mi ropa de civil. Cuando me puse el pantalón, me quedaba ajustado. Estaba contento porque quería decir que un poco había engordado. La chombita amarilla también me ajustaba. Me faltaba el documento; una vez que me entregaran el documento, ya me podía ir. Pero los días pasaban y nada. Seguíamos todos ahí. Un día se fueron los soldados de la compañía Mar, que era otra compañía de tiradores. A ellos también ya les habían entregado la ropa de civil y un día se fue la primera tanda, porque era por tandas, a la segunda tanda le faltaba todavía. Pensamos que nos iba a tocar a nosotros enseguida, que seríamos los próximos. Pasó una semana y nada. Una noche, estábamos todos durmiendo, y nos despertó una voz al pie de la cama:

—¡Formen rápido, formen!

Primero creí que habían quedado algunos de la primera tanda que se tenían que ir con la baja, y que les pedían que formaran para irse. Casi ninguno se movió.

—¡Al pie de la cama, formen!

Después pensé que eran los «cola», que se iban de campaña. Nosotros les decíamos a los nuevos. Me imaginé que les pedían a ellos que formaran para irse. De los civiles casi ninguno se movió de su cama.

—¡Los civiles también! ¡Al pie de la cama! ¡Formen!

Nos levantamos y fuimos a reunirnos. No entendíamos nada. Nos dieron una muda para cambiarnos, la ropa estaba usada, transpirada, no era ropa nuestra. A mí me dieron unos borceguíes que estaban rotos. Nos mandaron rápido a la sala de armas, a buscar cada uno la suya. Nos fuimos de campaña todos a la estancia María Behety, ahí mismo en Río Grande. Nadie sabía qué pasaba, nadie nos explicaba nada. Ya estábamos a fines de marzo. Nos tenían de acá para allá sin decirnos qué es lo que sucedía.

Un día nos estaban dando de comer, eran más o menos las dos de la tarde y oímos por la radio:

«Hoy es un día especial —dijo el locutor— hemos recuperado las Islas Malvinas».

Era el 2 de abril.